

## XVIII

### EL EJERCITO IMPERIAL

UNO DE LOS convenios celebrados entre Maximiliano y Napoleón antes de salir de Miramar, era en el sentido de que el ejército francés, en número de 25,000 hombres, permanecería en México cinco años a partir de la instauración del Imperio, en tanto que el Emperador procedía a formar sus propias fuerzas militares con elementos mexicanos. También se le había prometido el respaldo económico necesario mientras se ordenaban las maltrechas finanzas nacionales que al cabo de algún tiempo "darían lo suficiente para sostener el Imperio" y hasta para resarcir a Francia de su deuda, sin contar con que se esperaban incluso ganancias, pues Napoleón le aseguró a Maximiliano haberle entregado un país de fabulosa riqueza.

En los primeros meses de su reinado, dedicados a viajes placenteros por el país que le fascinaba ya por sus bellezas naturales, Maximiliano no supuso que aquello era un imposible. Sobre todo para un hombre idealista y soñador como él que no era un organizador, ni conocía los rudimentos de una administración gubernativa, especialmente tratándose de una nación desconocida, en pie de guerra, y aún no dominada por los invasores franceses como falazmente le habían asegurado.

Pensó, sin embargo, en organizar el ejército mexicano, proba-

blemente con el núcleo de infidentes monárquicos que ya servían al Imperio. Pero lo hizo a la manera de quien da la orden para cumplir con un compromiso, y no impulsado por un sentido nato de gobernante que quiere así solidificar su posición. En su frivolidad, en su idealismo, en su fuga perenne de la realidad a la ensañación poética y contemplativa, quizá no supo nunca exactamente con qué ejército contaba. Y muchas veces dio más importancia a la confección de nuevos uniformes deslumbrantes y a conceder condecoraciones a sus soldados, que a la formación de un verdadero ejército.

Nombró para el efecto a un conde austriaco, el general Thun que lo había acompañado desde Miramar, pues como decía en una carta al mariscal Bazaine, "no hay un general mexicano o francés que haya querido o podido encargarse de esta organización".

El nombramiento de un austriaco para tal encargo, cuando el Imperio estaba sostenido por franceses, constituyó un error de táctica del Soberano. Los altos jefes Márquez, Miramón, Mejía, Méndez y algunos más que encabezaban diversas columnas imperialistas, recibieron aquella decisión con callado resentimiento. Y Bazaine, de quien a sotto voce se decía que era el verdadero Emperador, no aceptó nunca el desaire. Sus discrepancias con el Soberano fueron creciendo paulatinamente hasta sobrevenir el distanciamiento y la ruptura con la retirada de las últimas tropas francesas en febrero de 1867 y su partida para Francia en marzo del mismo año.

En apariencia, el jefe del ejército francés de ocupación y el Monarca austriaco, mantenían una amistosa armonía. Cuando el sexagenario Mariscal francés casó en julio de 1865 con la jovencita mexicana de veinte años, Josefa Peña de Azcárate, más conocida en la historia como Pepa Peña, Maximiliano y Carlota apa-

drinaron el matrimonio que se efectuó con toda pompa en el Palacio Imperial. Y el Emperador le hizo un regio regalo de bodas, el Palacio de Buenavista. Un año después, al nacer el primogénito, los emperadores fueron también los padrinos de bautizo y la ceremonia se llevó a cabo con igual fastuosidad en la capilla imperial del Palacio.

Pero en lo privado, a nadie escapaba que aquellos dos hombres tan disímbolos entre sí por sus maneras, por su procedencia y su carácter, y hasta por su tipo, no marchaban de acuerdo. Era doloroso, pero Maximiliano, que había sido traído a México como Emperador, lo era prácticamente de nombre cuando se trataba de Bazaine. Y hay la certeza de que Carlota, más soberbia que su marido, y que no aceptaba nunca papeles secundarios, lo detestaba secretamente.

El rudo soldado francés con rango de Mariscal, veía en Maximiliano lo que Napoleón III al aceptarlo para el trono de México: un simple agente de la intervención en el país invadido, un títere al servicio del Monarca de las Tullerías y no un jefe con supremos poderes para darle órdenes. Bazaine dependía de Francia, del Ministro de la Guerra y de su Emperador. De ninguna manera del Soberano de México quien sin el apoyo de sus armas era, como en efecto lo fue, cuando evacuaron el territorio nacional las tropas francesas, un hombre perdido, un pobre náufrago en medio de un mar encrespado por indomable tormenta política.

Así fue pues, cómo Maximiliano, víctima fatal de un destino trágico, vio pronto que los mismos que lo habían encumbrado, se sentían defraudados y le volvían la espalda. Los conservadores y el Clero por un lado, el ejército francés por otro, lo dejaron a su suerte para que los liberales, apoyados y reconocidos por Estados Unidos, y cobrando cada día más fuerza, lo combatieran hasta el final en su postrer reducto de Querétaro.

En apariencia, el boato de la corte era el mismo, las fiestas suntuosas que tanto halagaban la vanidad de los pseudo-aristócratas mexicanos, continuaban; los viajes del Emperador que llegó a pasar quince días en Cuernavaca y quince en México, sospechándose que allí tenía amores con una jovencita mexicana, seguían como siempre. Su prodigalidad para ayudar pecuniariamente a quien lo necesitase, y su costumbre inveterada de premiar con títulos y condecoraciones a los que le mostraban adhesión, no se interrumpió ni en los días aciagos del sitio de Querétaro. Pero todo aquello era hueco, falso, endeble. El Imperio era sólo una hermosa fachada.

A principios de 1866, Maximiliano envió a París al general Almonte quien con Hidalgo y Gutiérrez de Estrada, había sido el mexicano que más trabajó por la intervención y la monarquía. El objeto de su viaje era hacer ver a Napoleón la aflictiva situación del Imperio y la urgencia de prorrogar el plazo de permanencia de las tropas francesas en México. Solicitaba asimismo un nuevo subsidio, pues las arcas imperiales estaban en bancarrota, a causa de las enormes erogaciones de la guerra de dominación que tenía trazas de no acabar nunca.

Como era de esperarse, Napoleón que ya para entonces había desistido de su absurda aventura de México, no sólo se rehusó a atender las peticiones de Maximiliano, sino que exigió la inmediata liquidación del adeudo mexicano al gobierno francés.

La urgencia de reconcentrar sus tropas en prevención de la guerra franco-prusiana que no estaba muy distante; la necesidad de cuidar hasta el último franco para la probable campaña y para acallar las acervas críticas que se dedicaban a su descabellada invasión de México; y, por último, su desencanto ante el evidente fracaso, sin contar con que Estados Unidos lo conminaban ya a respetar la Doctrina Monroe retirándose del país invadido, lo

hicieron decidirse en contra del pobre archiduque austriaco, negándole toda ayuda. "Circunstancias más fuertes que mi voluntad —decía en una carta explicativa—, me obligan a evacuar mis tropas de México".

Fue entonces cuando Carlota pensó que yendo personalmente a Europa, conseguiría convencerlo de que no podía abandonar lo que él mismo había creado. Pero ni ella en su entrevista de agosto de 1866 con Napoleón y Eugenia lo logró. La decisión del monarca francés ya estaba tomada, como la del inversionista que ante un negocio fracasado, lo descarta para dedicarse a otro. El de Napoleón era Bismarck que ya dibujaba en el horizonte político la caída del último Bonaparte.

## XIX

## EL DECRETO

**D**E TODOS los actos de Maximiliano, ninguno reviste consecuencias tan graves para su propio destino, como el famoso decreto del 3 de octubre de 1865. Si no hubiese firmado aquella Ley que condenaba a muerte a todos los que se encontraban esgrimiendo armas en contra del Imperio, Juárez tal vez no se habría mostrado tan inflexible para perdonarle la vida en Querétaro. Y quizá habría podido embarcarse para Europa, vivir por largos años y contar para la posteridad, su triste experiencia de México.

Resístese el buen juicio a creer que aquella drástica e implacable ley haya procedido de un hombre a quien caracterizó siempre la bondad, la dulzura y la compasión. Existen divergencias históricas sobre su verdadero autor y algunos se inclinan hacia la hipótesis de que Bazaine, exasperado por la resistencia de los republicanos que le impedían dominar totalmente el territorio mexicano en la forma "fácil" y "rápida" que había imaginado, persuadió a Maximiliano para promulgarlo, acabando así, de una manera violenta y brutal, pero definitiva, con los desafectos a la intervención y al Imperio.

Como quiera que sea, el decreto está firmado por el Emperador y sus Ministros; y a él se le hizo responsable en su enjuicia-

miento de Querétaro, presentándolo como argumento principal para condenarlo a muerte.

Si él fue en realidad su autor, sus móviles se explican, aunque no se justifiquen, como una consecuencia de una falsa noticia referente a Juárez, recibida en México pocos días antes, en septiembre de 1865.

Apoyándose en una infundada suposición, el General Brincourt, que martillaba entonces a las fuerzas republicanas en Chihuahua, envió un telegrama a Bazaine comunicándole que el Presidente Juárez había abandonado el territorio mexicano atravesando la frontera por Paso del Norte hacia Estados Unidos.

Aquello significaba que el gobierno liberal quedaba acéfalo; que el Imperio sería reconocido por Estados Unidos y que por fin podría restaurarse la paz, si como se hizo más tarde, se amagaba severamente a quienes se le opusieran con las armas.

Es decir, que si Maximiliano en persona redactó el nefasto decreto, lo hizo como una medida para pacificar al país y no como luego lo empleó Bazaine, para implantar el terror sacrificando en represalia, a miles de mexicanos, mientras que enviaba la célebre circular donde decía: "Hay que matar o hacerse matar".

Y tan debe haber estado en su conciencia de príncipe benévolo y magnánimo el evitar matanzas innecesarias, que al final del decreto aparecía una cláusula concediendo la amnistía hasta el 15 de noviembre de 1865 —fecha prorrogada más tarde al 1º de diciembre del mismo año—, a todo aquel que depusiera las armas y se adhiriese al régimen imperial.

Como siempre, sus cálculos fallaron porque se inspiraban en ilusiones irrealizables. Nadie se iba a rendir tan mansamente. Nunca, como después del decreto, la marea se habría de mostrar más desfavorable para el Imperio. Los republicanos iban a tomar pronto la ofensiva y la flagelante ley sólo recrudecería la lucha.

Al hacerse pública la noticia en México sobre la supuesta claudicación de Juárez y su huída al extranjero, Maximiliano se dirigió a la Nación en un manifiesto que en principio decía:

"Mexicanos,

"La causa sostenida con tanto valor y constancia por don Benito Juárez, había ya sucumbido no solamente ante la voluntad nacional, sino ante la ley misma que este Jefe invocaba en apoyo de sus títulos. Hoy, esta causa, degenerada en facción, ha quedado abandonada por el hecho de la salida de su Jefe del territorio de la Patria".

Y buscó de nuevo un acercamiento, una coalición monárquico-republicana, llamando al Benemérito a su lado. Dos meses después decía en una carta al Barón de Pont: "Es preciso que él (Juárez), se decida a colaborar con su energía inquebrantable y su inteligencia reconocida a la obra difícil que he emprendido".

El gran patriota, más inmutable que nunca y tan impertérrito como antes para acceder a las ilusorias pretensiones de Maximiliano, estaría, no en el extranjero, sino en Paso del Norte, a un extremo de México pero dentro de sus límites. Allí es reportado en la historia exclamando:

"Señáleseme el cerro más inaccesible, más alto, más árido, y subiré hasta la cumbre y allí me moriré de hambre y de sed, envuelto en la bandera de la República, pero sin salir del territorio nacional. ¡Eso nunca!"

Por algo diría más tarde el general francés Niox: "Juárez era la verdadera personificación de la resistencia a la intervención y al Imperio". Sin su voluntad indómita, sin su fe inmovible en el triunfo del derecho, sin su espíritu de sacrificio que le permitía tolerar todas las penalidades y miserias de sus forzados peregrina-

najes, no habría subsistido una causa, ni una bandera, ni el germen sublime de una patria y una nacionalidad.

Aquel repliegue a Paso del Norte en el último confín del territorio patrio, habría de operar el milagro de la resurrección. Todas las circunstancias empezaron a favorecer el triunfo de la República. Y a hundir poco a poco, a lo largo de veinte meses hasta junio de 1867, al endeble imperio de Maximiliano, quien abatido, melancólico como antes de embarcarse para México, se debatía en los más lúgubres pensamientos y en las más funestas conjeturas.

Trataría de huir de ellos, ausentando su espíritu de las amargas realidades o buscando un solaz en secretos amoríos. Iría con más frecuencia a Cuernavaca, a su quinta tan significativamente nombrada "El Olvido", donde tanto asombraba a todos que pudiese dedicarse a cazar mariposas y coleccionar insectos con el naturalista Billimeck cuando otro en su lugar estaría buscando una solución para salvar el Imperio.

Por actitudes semejantes en los momentos más álgidos de su reinado, se le ha tachado de frívolo y trivial, de inconsistente, voluble y débil. Algún liberal recalcitrante lo ha llamado "dilettante de todos los dilettantismos" "que en lugar de Jefe de un Estado debió haber sido inspector de Castillos en el aire".

Pero es cruel la apreciación para quien fue simplemente un engañado, una víctima de la Fatalidad, una pobre semilla trasplantada a tierra extraña sin los medios para fructificar.

Todavía hubo tiempo en ese final de 1865 para que los Soberanos asistieran en Palacio a una representación de *Don Juan Tenorio*, ofrecida por el propio autor, don José Zorrilla que fungía como Lector de la corte. Y en noviembre, para pensar en un proyectado viaje a Yucatán y otro a las grutas de Cacahuamilpa. En defecto del Emperador que a última hora decidió no ir por las graves complicaciones que había acarreado el decreto —ejecu-

ciones marciales, fusilamiento de conocidos generales republicanos como Arteaga y Salazar—, Carlota se embarcó con un numeroso séquito hacia la lejana península donde fue todavía entusiastamente recibida. Durante los dos meses que duró su travesía, pareció apaciguar sus secretas penas que le habían vuelto la mirada adusta, la expresión inquieta y nerviosa, y la juvenil y triunfal sonrisa de otrora, en amargo rictus que traslucía un corazón ahogado en lágrimas.

Pero al llegar de nuevo a México y comprobar la situación cada vez más desesperada del Imperio, sus negras pupilas volvieron a ensombrecerse y su alma a vivir la angustia y la zozobra que sería el virus inicial de su locura. Relátase que Maximiliano fue a recibirla hasta San Martín Texmelucan y que en el carruaje que los regresó a México, ambos iban callados y taciturnos.

La tormenta estaba a la vista en ese final de 1865. Aparentemente todo seguiría igual. Los Emperadores cumplían con la etiqueta de la Corte, hacían las mismas visitas a los establecimientos públicos, se prodigaban en caridades y afables ayudas morales y materiales. Era una bella decoración como lo fue todo el Imperio.

Sólo quien hubiese visto a Juárez con su temple de hierro esperar paciente y firmemente en el Norte, habría concluído que allí, en la modesta y destartada estancia del Presidente republicano, y no entre los regios oropeles de Chapultepec o del Palacio Imperial, estaba el verdadero, el único México posible.

De sus escombros, entre ruinas humeantes y campos regados con sangre liberal, resurgiría como el Ave Fénix la República, para aplastar al Imperio que era sólo una mentira.

Maximiliano era ya la trágica víctima. Y con él, Carlota, en sus sesenta años de locura.